

Al día siguiente regresó sir Guillermo. No le causó ninguna sorpresa el verme en cama. Dijéronle que yo había tenido una crisis y expulsado mucha bilis. Lo creyó, y escribió a Nelson: «Emma ha estado muy enferma! Ahora se encuentra mejor; pero, no obstante haber expulsado gran cantidad de bilis, creo que aún tiene necesidad de purgarse.»

Al cabo de cuatro días, merced a mi admirable constitución, pude dejar el lecho, y al octavo día me sentí bastante fuerte para salir.

Fuí a ver a la mujer que cuidaba de Horacia. La criatura estaba un poco más fuerte, pero seguía delgada como antes. Se juzgará de su delgadez por el siguiente detalle: para sacarla del hotel sin que la viesen, la introduje en mi manguito, donde estuvo con toda comodidad.

La nodriza era una mujer de la clase burguesa inferior, llamada señora Thomson; era guapa, fresca, y de excelente salud. Nelson, sin decir a quien se destinaba, la había hecho escoger por su médico.

Dije a aquella mujer que la retribución que recibiría sería proporcionada a su silencio y a su fidelidad, e interinamente le dejé cinco guineas, en pago del primer mes de lactancia.

Al otro día Nelson llegó repentinamente; había pedido y obtenido un permiso de tres días.

No hubo manera de hacerle almorzar, por más que estaba en ayunas: tanta prisa tenía por ver a la niña. Pretextó una visita benéfica, diciendo que tenía necesidad de mi presencia. Salimos, y en coche nos encaminamos a la calle Little-Titchfield.

Grande fué mi dicha viendo la alegría de aquel hombre que era mi vida. Reía, lloraba, cogía con su único brazo a la criatura; la hizo saltar, bailar, quiso hacerla reír; la llamaba única hija suya, y dió orden a la nodriza de llevársela el día siguiente al hotel de sir Guillermo, explicándole lo que tenía que decir:

Al siguiente día la nodriza vino al hotel con la niña. La primera persona

que vió fué a sir Guillermo, quien la detuvo y le preguntó quién era. La nodriza respondió que se llamaba Thomson y que tenía un hermano que servía en el buque de Nelson, quien había accedido a ser padrino de la niña que llevaba en brazos y que le traía para que conociese a su ahijada.

Sir Guillermo no dudó ni por asomo de la verdad de esta historia. Tomó a la criatura en sus brazos, le deseó todo género de prosperidades, y la devolvió a la nodriza.

Nelson permaneció un día y medio con nosotros, y transcurrido este tiempo, tuvo que dejarnos de nuevo. Este segundo dolor de su corazón fué todavía más desgarrador que el primero. ¿Volveríamos a vernos? Esta hija que el Cielo nos había dado, ¿había, con su venida al mundo, agotado para nosotros el tesoro de las bondades celestes?

Quedamos en escribirnos en forma que, si nuestras cartas caían en manos ajenas, su contenido resultase incomprendible para quien las leyere. Pero esas cartas secretas no hacían menos frecuentes las que recibía de él con carácter que podríamos llamar oficial.

Así, por ejemplo, el 2 de marzo salía de Portsmouth en el *San Jorge*, y el 3 me escribía:

«Mi querida Emma: he merecido de mi jefe el honor de ocupar la primera línea, y seré el primero en el combate. Algo más diría, si no temiese alarmar a usted, conociendo el vivo afecto que me profesa. El *San Jorge* dará un nuevo destello de gloria a la reputación de Inglaterra si Nelson sobrevive y si la Providencia, que siempre me ha protegido en el peligro, me ampara en las presentes circunstancias.

»Acuérdense siempre de mí usted y sir Guillermo. Mi último pensamiento será para ustedes, que tanto me quieren. Juzgo del corazón de ustedes por el mío. ¡Que Dios los proteja! Esta es la ferviente súplica de su constante amigo

»NELSON.»

»Permítaseme ofrecer ahora una muestra de nuestra correspondencia privada.

Por ella se verá el ardor con que aquel gran hombre me amaba. Cuanto más profundo era ese amor, tanto más me parece encontrar mi justificación en él.

Me escribía desde las Dunas, frente a Boulogne, por mediación de un amigo de confianza:

«No temas de ninguna mujer del mundo, querida Emma, porque, fuera de ti, todas las mujeres me son indiferentes. Una sola conozco que pueda parecerse a ti algún día. Estoy cierto de que jamás harás nada que pueda enfriar el amor que me inspira, y, en cuanto a mí, antes de causarle el menor pesar, quisiera morir en el tormento. Da muchos miles de besos a mi querida Horacia. La conversación recayó ayer en la vacuna. Un gentilhombre afirmaba que su hijo, que estaba vacunado, había sido puesto en contacto con otro niño atacado de viruelas, sin haberse contagiado esa enfermedad. Si eso es verdad, supone el triunfo de la vacuna. El niño vacunado tuvo un poco de fiebre durante dos días y una ligera inflamación en el brazo, y en cambio, el otro estaba cubierto de pústulas.

»Por lo demás, haz como mejor te parezca.»

Hablé de esta carta al doctor Rowley, como asimismo del milagro que su contenido proclamaba; pero, por desgracia, di con un encarnizado adversario de Jenner. Se opuso resueltamente a que Horacia fuese vacunada; sin embargo, prevaleció mi opinión, y la vacunó. La operación resultó a maravilla, y tres semanas después, Horacia estaba completamente curada. En aquella ocasión alquilé para la señora Thomson una casa amueblada en Stone street, y todo continuó satisfactoriamente.

Tengo que hacer aquí una manifestación, y la haré por muy violento que me sea, pues he dicho repetidas veces que escribo mis confesiones.

Para satisfacer, sin duda, el injustificable odio que yo profesaba a su mujer, de quien él vivía separado corporalmente, Nelson quiso que esta separación se extendiese a los objetos materiales e insensibles. Un día me escribió diciendo que devolviese a lady Nelson todos los objetos de su pertenencia. Mi deber era negarme a ello; debía haber encargado esta cruel misión a alguna mujer de la familia de Nelson, por ejemplo, a alguna cuñada; pero, al contrario, encontraba en ello ese áspero placer de los celos que se vengán, y lady Nelson recibió todos los objetos que le habían pertenecido con un papel en el que escribí estas simples palabras: «Por orden y de parte de lord Nelson.»

Espero que el Señor, todo misericordia, me perdonará, considerando mi arrepentimiento, el dolor que debí causar a aquella infortunada mujer.

Sir Guillermo, en su viaje al condado de Surrey, no se había arreglado con el propietario de Merton-Place. A medida que envejecía, iba volviéndose más y más avaro, y el asunto de dicha compra había fracasado por cuestión de doscientas o trescientas libras. Cuando Nelson vino a Londres, le hablé de la proyectada adquisición y ponderé las condiciones de Merton-Place. Cuando supo que sir Guillermo no había adquirido la propiedad, le escribió comisionándole para que la comprase al precio que por ella pidiesen. Decía que, habiendo siempre tenido la intención de ir a vivir en el campo con gente amiga, compraba Merton para que nos sirviese de refugio a los tres, retiro en el que pudiésemos pasar tranquilamente nuestros últimos días, lejos del ruido de la ciudad y de las intrigas de la política.

Sir Guillermo fué a ver al notario, y adquirió el dominio de Merton-Place a nombre de Nelson por el precio que para sí no había aceptado anteriormente.

Comprendiendo, por mi parte, que Nelson compraba dicha heredad con el exclusivo objeto de regalármela, le expuse algunos escrúpulos, objetando que, si bien el paraje era de mi agra-

do, podía muy bien no serlo del suyo.

Pero se apresuró a responderme :

«No te preocupes por este particular ; estoy seguro de que Merton me gustará, y me fundo en el alto concepto que tengo formado de tu gusto y de tu criterio.»

Es conocida la terrible campaña de Inglaterra contra Dinamarca en la que Nelson estaba llamado a tomar parte. Encargado del bombardeo de Copenhague, Nelson se adelantó a tal punto, que el almirante Parker, temiendo que los buques ingleses no pudiesen maniobrar, dió, por medio de señales, orden de retroceder.

Advertido por el capitán Hardy de las señales que le hacía su superior, Nelson aplicó el anteojo a su ojo vacío.

—No veo nada—dijo.

Y continuó el combate.

El mal estado de salud de Nelson y sobre todo su deseo de vernos a mí y a Horacia, de la que yo me hubiese sentido celosa, si una madre pudiese estarlo de sus hijos, le indujeron a pedir, cuando consideró casi terminada la campaña, permiso para venir a Londres. El Almirantazgo se lo otorgó, sabiendo muy bien, por otra parte, donde encontrarle al primer cañonazo que se disparase.

Pero se esperaba que durante algún tiempo habría tranquilidad : el Ministerio Pitt, que representaba el partido de la guerra, había caído y sido substituído por el ministerio Addington, que representaba la paz.

Nelson dejó el mando que venía ejerciendo en el Báltico, y el 18 de junio se embarcó en el bergantín *Kite*, mandado por el capitán Degby, y el primero de julio llegó a Yarmouth.

El buque empleó diez días solamente en el viaje de Kioege-Bay a Yarmouth ; así que, cuando menos le esperábamos, vimos a Nelson entre nosotros.

Grande fué mi alegría ; al amparo de nuestra estrecha amistad, podíamos afortunadamente, hasta en presencia de sir Guillermo, decirnos una porción de cosas de que nuestro corazón esta-

ba henchido. Quince minutos después de la llegada de Nelson, el príncipe de Castelcicala, embajador del rey de las Dos Sicilias, vino para comunicar unos despachos a sir Guillermo, que pasó al salón y nos dejó solos.

La primera palabra de Nelson fué para Horacia ; sus preguntas se sucedían con tal rapidéz, que me era difícil contestarlas.

Me fuí al salón, y dije a sir Guillermo, al oído, que, deseando Nelson ver a su ahijada, me suplicaba le acompañase a casa de la nodriza.

Mi marido me estrechó la mano, y moviendo la cabeza, me dijo :

—¡ Amante y cariñoso padrino ! Ve, hija mía.

Dejé a los dos diplomáticos discutiendo asuntos de Estado, en los que, a Dios gracias, había dejado de mezclarme, y tomamos el coche para dirigirnos a Stone street.

En el camino, pedí a Nelson noticias del pájaro.

—¿ De qué pájaro ?—preguntó.

—El pájaro de Aboukir, el que vino a posarse en tus hombros el día en que te visité en el *Van-Guard*.

—¡ Ah !—exclamó con regocijado acento,—me parece que volví a verle en la mañana del bombardeo de Copenhague. Decididamente, tengo la convicción de que esa avecilla es mi ángel bueno.

Al ver a su pequeña Horacia, Nelson pareció más dichoso aún que la primera vez. En aquellos cuatro meses transcurridos, la niña había crecido y ganado en robustez ; era la más hermosa criatura que podía verse.

Nelson regresó a Piccadilly loco de alegría ; durante la comida no dejó de hablar de su ahijada.

El nuevo ministerio había entablado negociaciones con Francia ; pero Inglaterra no quería aceptar la paz sino a condición de conservar Malta y de que se le cediese la Trinidad. Bonaparte se opuso enérgicamente a ambas pretensiones y anunció en el *Moniteur* que iba a concentrar una flotilla en Boulogne con objeto de intentar un desembarco en las costas de las islas Británicas.

Y efectivamente, de los puestos de Calvados, Seine-Inférieure, la Somme y Escout salió una división de cañoneros que se reunieron en Boulogne.

Inglaterra no quiso quedarse a la zaga, y concentró fuerzas considerables para oponerse al proyectado desembarco.

Nelson recibió el mando de la escuadra destinada a vigilar los preparativos de Francia.

Nos fué preciso separarnos de nuevo ; pero esta vez teníamos la esperanza de que la separación sería de corta duración : el envío de la flota era más bien una demostración que no una continuación de hostilidades.

Nelson recibió la comunicación el 25 de julio de 1801, y el 27 enarbolaba su pabellón en el buque *Unité*, en la ensenada de Sheerness

«Tengo la firme resolución de que no me molesten a mi llegada a Londres ; no pido otra cosa más que poder retirarme con ustedes a la campiña.»

Aunque esta carta pertenecía a la categoría de las cartas oficiales, no dejó de alarmarme ; observando aquellos caracteres, me pareció que la mano que los había trazado estaba agitada por la fiebre.

El 23 de octubre Nelson llegó a Merton-Place. Supliqué a sir Guillermo que permitiese a la señora Thomson y a su pequeña Horacia venir a habitar una de las dependencias. Sir Guillermo, que conocía el amor de Nelson por la niña, accedió al instante. Por otra parte, la casa era de Nelson, y no suya.

Había yo tenido una feliz inspiración, porque inmediatamente después de habernos abrazado, preguntó por su ahijada. Hubo necesidad de acompañarle en seguida a la habitación de la supuesta madre de Horacia ; pero la madre verdadera estaba allí, y no perdía una palabra, un gesto, un signo. Aquella alegría de Nelson era mi triunfo.

El 29 del mismo mes, Nelson entró a formar parte de la Cámara de los lores ; esa ceremonia, que él tenía por muy enojosa, la había retardado todo lo posible. En su calidad de vizconde, fué presentado y patrocinado por el vizconde Sidney.

Pasamos muy agradablemente el invierno, entre excursiones, bailes y tertulias. Sir Guillermo recibía muchas visitas, y como milord vivía con nosotros, teníamos siempre de huésped a algún miembro de su familia. Debo decir que los tales huéspedes, que después de la muerte de Nelson, no volvieron a visitarme y hasta dejaron de hablarme, eran, en vida de Nelson, muy deferentes y obsequiosos conmigo.

En el verano de 1803, lord Nelson, su hermano, sir Guillermo y yo hicimos un viaje al condado de Gales ; pero en Bleenheim mi amor propio sufrió un rudo golpe, ante el desdén que me manifestó la noble familia que moraba en el castillo. Nelson se mostró

XCIV

El crucero duró unos tres meses, y después se firmó la paz. Ya era tiempo : Nelson estaba realmente enfermo.

El 17 de octubre me escribía :

«Mi muy querida amiga : aunque mi indisposición no ofrece ningún peligro, resiste a todos los medicamentos que me han sido prescritos, y debo confesar que me siento postrado. Parecía que el reuma me había abandonado, mas no es así : continúa estacionado en mis articulaciones. Quisiera yo que esos señores del Almirantazgo estuviesen atacados de esta dolencia ; pero mi deseo es inútil, porque carecen de entrañas, a lo menos para mí. He pasado bastante mal la noche anterior ; con todo, las cartas que de usted y sir Guillermo he recibido, han sido para mí un consolador bálsamo.

ofendido en extremo y rehusó los obsequios que le fueron ofrecidos.

Por lo demás asistí a todas las fiestas que en su honor celebraron los municipios, las ciudades y corporaciones populares. Con mis habilidades de trágica y cantatriz, contribuía al mayor encanto de aquellas solemnidades. Hasta los periódicos locales dedicaron encomiásticos artículos al éxito por mí obtenido.

A principios de septiembre regresamos a Merton, donde permanecimos casi todo el invierno.

Hacia mucho tiempo que sir Guillermo estaba delicado de salud. En el mes de marzo de 1803 su dolencia recrudeció con alguna gravedad, y, al fin, cayó seriamente enfermo. Sin pérdida de tiempo, le llevamos a Londres, en donde se le prodigaron todos los cuidados; pero la ciencia era impotente contra sus setenta y dos años; fué debilitándose cada día más, y el 6 de abril Nelson y yo estábamos arrodillados al pie de su cama para recibir su último suspiro.

Sir Guillermo murió como un hombre justo, y algunos minutos antes de morir, con voz apagada pero muy serena, dijo a Nelson, tendiéndole la mano:

—Bravo y grande Nelson, nuestra amistad, aunque muy antigua, nunca ha sido empañada por la más ligera nube, y muero orgulloso del amigo que Dios me dió. Espero que, apoyada por usted, mi Emma encontrará justicia cerca de los ministros; porque usted sabe mejor que nadie cuán grandes son los servicios que ella ha prestado, y usted recuerda todo lo que ha hecho por nuestra patria. ¡Proteja a mi querida mujer, y, a su vez, quiera Dios protegerle a usted, bendecirle y darle siempre la victoria!

Luego, volviéndose a mí, díjome:

—Mi incomparable Emma, nunca me has ofendido, ni siquiera con el pensamiento. Permíteme que te exprese el testimonio de mi gratitud más sentida por las pruebas de afecto y fidelidad que de ti he recibido durante los diez años de nuestra dichosa unión.

Y, haciendo un postrer esfuerzo, unió nuestras manos, exhaló un suspiro y dejó de existir.

Lloré a sir Guillermo y le lloré sinceramente. Le debía la alta posición que había ocupado en la Corte y el papel que en ella desempeñé. Quizás hubiese sido preferible, para mi salvación eterna, haber continuado humilde, pobre y en la obscuridad; pero esta reflexión que ahora se me ocurre, no cruzó entonces por mi mente.

Sir Guillermo estaba convencido de que, después de su muerte, yo obtendría, merced a la eficaz influencia de Nelson, el derecho de su pensión, que era de mil quinientas libras esterlinas; sabía que Nelson había comprado para mí la propiedad de Merton-Place, que redituaba quinientas libras aproximadamente; creyó, pues, dejarme rica legándome setecientas cincuenta libras esterlinas; y, en efecto, esas tres rentas juntas formaban un total de setenta mil francos anuales, más o menos.

Mas pronto hubé de renunciar a la esperanza de la pensión ministerial; ninguna de las diligencias que hice merecieron siquiera el honor de una respuesta. Nelson no era hombre que me dejase soportar demasiado tiempo una afrenta; me hizo una venta simulada de Merton y me aseguró una renta de mil doscientas libras esterlinas, lo que me producía, con Merton y el legado de sir Guillermo, sesenta mil francos.

Por un codicilo de su testamento, hecho una semana antes de su muerte, sir Guillermo donaba a Nelson una preciosa miniatura mía, pintada en esmalte. Por mi parte, le regalé una cadena de oro, y siempre llevó consigo estos dos objetos.

Pero una cosa que me extrañó y llenó de tristeza fué la conducta de lord Greenville, el sobrino de sir Guillermo. Aquel hombre, que tanto me había amado, que cuando me perdió creía volverse loco, se convirtió en uno de mis perseguidores más encarnizados. Al mes de la muerte de su tío, me obligó a salir de la casa de su propiedad.

Viendo Nelson que yo carecía de domicilio en Londres, alquiló para sí un departamento completamente separa-

do del mío; era un gran sacrificio que hacía en aras de mi reputación y por respeto a la sociedad; pero su abnegación no llegó al punto de observar esta separación nuestra casa de campo.

A mi vez, alquilé una casa en la calle de Clerge.

Desgraciadamente, algunas semanas después de esta instalación, perdí el apoyo y la compañía de mi noble amigo, por haber sido llamado a ponerse al frente de la flota del Mediterráneo.

Era a la vez un señalado honor y una inmensa desgracia para mí. En los últimos diez y ocho meses no nos habíamos separado; me había acostumbrado a esa vida íntima que nos era preciso romper, y por una guerra más enconada que nunca. Diríase que la prolongada esperanza de paz que acababa de desvanecerse, había excitado, si cabe, el odio entre Francia e Inglaterra.

La desesperación de Nelson crecía de punto ante la consideración de que, por segunda vez, me encontraba en cinta.

Antes de separarnos, nos hicimos el mutuo juramento de que nada podría desunirnos, y me dió una sortija de oro con la cual reemplacé a la que conservaba de sir Guillermo.

En los últimos días de julio recibí esta carta suya:

«Mi muy querida Emma: Te tengo escritas varias cartas desde diversos lugares, pero solamente para decirte: *Estoy aquí*, por falta de tiempo para poder decir más. Por desgracia, creo que no podré escribir sino desde mi barco, y aun así, no será con frecuencia, pues tendré que valerme de los buques de pequeño porte de que dispongo.

«La travesía de Gibraltar a Malta ha sido larga en extremo; ha durado once días. El 26 llegamos a Capri, y di orden de que la fragata que llevaba a Elliot con rumbo a Nápoles, viniese a juntarse conmigo.

«Te envío copia de las cartas del Rey y de la Reina; lamento horriblemente que las últimas no contengan una sola palabra para ti; después de todo, hay

que reconocer que son cartas políticas.

«En una carta que he escrito a la Reina, le he dicho:

«Dejé a lady Hamilton el 18 de mayo; continúa siendo tan devota de Vuestra Majestad, que estoy cierto de que daría su vida por salvar la de Vuestra Majestad. Jamás tuvo Vuestra Majestad una amiga tan sincera y tan leal como su querida Emma. Sin duda, será para Vuestra Majestad motivo de vivo pesar el saber que sir Guillermo no la ha dejado en el estado económico que le permitía su fortuna. Todos sus bienes los repartió entre sus parientes; pero no por eso dejará lady Hamilton de honrar menos su memoria.»

«Espero, mi querida Emma, que la Reina te escriba directamente; si fuese bastante ingrata para olvidarte, yo pediría que Dios la olvidase a ella. Pero, ¿crees que sea capaz de olvidarte? Ha llegado la ocasión de probar el afecto que le inspiras. Estas copias de las cartas del Rey y de la Reina, no las muestres más que a nuestros amigos más íntimos.

«El Rey está triste y reside la mayor parte del tiempo en Belvédere; nuestro nuevo Embajador, Elliot, no ha visto ni al Rey ni a la Reina desde el 17, día de su llegada.

«Debe ser presentado el 22.

«Estoy convencido de que el plan de ese miserable corso es conquistar el reino de Nápoles; así que, he aconsejado al general Acton que procure no exponer a la familia real a ser hecha prisionera.

«Conforme podrás comprender, tengo mucha prisa por ir a las aguas de Tolón, para reunir la flota...»

«Julio 1803.

«Avanzo hacia Tolón para aplastar a los franceses. Tenemos completamente preparados siete barcos de línea, cinco fragatas y seis corbetas; dentro de una semana contaremos con el refuerzo de tres o cuatro unidades más.

«Imagínate, mi querida Emma, cuán feliz me siento cada vez que

recibo una de tus cariñosas y extensas cartas.

»Doy gracias a Dios que permite que vivas a cubierto de la necesidad. Cree firmemente que, mientras yo posea seis peniques, de éstos cinco serán para ti. Sabes por experiencia que, en cuestiones de dinero, no hay que contar con los amigos, y espero que tu claro entendimiento aprovechará estas dolorosas enseñanzas.

»Espero que el ministro habrá hecho algo por ti; pero, si nada hiciese, podemos vivir con los recursos más modestos. ¡La independencia es una bendición! Aunque no se me haya presentado ocasión, hasta el presente, de hacer alguna buena presa, consideraría muy negra mi suerte si en esta campaña no llegase a procurarme recursos con que pagar mis deudas; y, en cuanto me vea libre de acreedores, me sentiré no poco descargado de este peso que ahora me abrumba.

»Todavía no he hablado a Actón referente a la renta de mi ducado de Bronte; pero si Nápoles continúa en poder del rey Fernando, plantearé la cuestión. A decir verdad, no espero gran cosa por ese lado.

»Según se dice, el rey de Nápoles se encuentra tan desesperado, que de buena gana abdicaría en favor de su hijo, para poder ir a Sicilia, a pasar sus días en el retiro. Bien sabes que sir Guillermo pensó siempre que el rey Fernando acabaría así.»

Cito las cartas de Nelson, en vez de hablar de mí y continuar mi relato, porque entiendo que es más curioso ver al hombre que ejerció tanta influencia en los sucesos de Italia, recordar los lugares donde tales sucesos se desarrollaron, que no verme a mí sosteniendo los primeros pasos de Horacia, que corría tropezando sobre los céspedes de Merton-Place.

Continúo, pues, o por mejor decir, es Nelson el que continúa.

«*Victory*, delante de Tolón, primero de agosto de 1803.

«Mi muy querida Emma: Hace dos días que obra en mi poder tu carta

31 de mayo, de que ha sido portador el *Pæbé*. Fácilmente comprenderás la emoción que su lectura me ha causado.

»Apruebo tus proyectos y la elección de tu sociedad para el invierno y la primavera próximos. Espero que podré sufragar los gastos que ocasione el adorno de nuestra querida Merton; eso contribuirá a distraerte, y estoy seguro de que tendrás motivo para admirar lo que tú hagas, sin excluir las plantaciones de grosellas.

»He pasado al *Victory*; en el que hago poner todas las cosas en orden. En este momento, Hardy está ocupado en colocar en mi camarote tu retrato y el de Horacia, que serán los únicos ornamentos del mismo. Podré contemplarlos cada día, y siempre descubriré en ellos nuevos encantos. No tengo necesidad de otra cosa.

»En lo referente a la guerra, no esperes grandes noticias; no vemos nada. Vivo en continuo temor de que Nápoles y la misma Sicilia caigan en poder de los franceses. Con todo, he dado mis consejos en tal forma, tan amplios y precisos, que, si el hecho ocurre, no podrá atribuirse ninguna responsabilidad.

»La reina de Nápoles ha enviado una carta a Castelcicala. Yo también he recibido una misiva suya, agradeciéndome vivamente mi interés por la suerte del reino.

»El Rey continúa viviendo retirado; se ha negado a recibir al general francés Gouvion Saint-Cyr, que fué a Nápoles para fijar la contribución de guerra. Creo que está dispuesto a abandonar Nápoles y trasladarse a Sicilia, si los franceses se lo permiten.

»Mis recuerdos más cariñosos a todos los de Merton.

»Tu más constante y afectuoso

»NELSON.»

«*Victory*, frente a Tolón, 26 agosto.

»Mi muy querida Emma: Decir que día y noche no te apartas de mi pensamiento, es una pálida forma de expresar mi amor por ti. Aunque sepa-

rado de tu lado por circunstancias imprevistas, cree que jamás te olvido.

»La patria impone deberes ineludibles, y si yo no los hubiese acatado, tú misma, en los momentos de serena reflexión, te habrías avergonzado de mí, no pudiendo decir: «¡Ese es el hombre que ha salvado a Inglaterra!»

»En cambio, toda mi gloria se refleja en ti; hablando de mí, el mundo dirá: «¡Cuántos sacrificios, qué abnegación la suya, por el bien de su patria, cuando hasta accedió a separarse de la más encantadora de las mujeres!»

»Queréndome tanto, tú debes comprenderme. Mi corazón está contigo; ¡consérvale, amada mía! Volvéré vencedor, y, Dios mediante, dejaré, a lo menos, un nombre sin mancilla. No me impulsa la ambición; tampoco el afán de riquezas. Nada hubiese sido capaz de alejarme de ti. No, yo me he entregado a la gloria de Inglaterra, porque así estaba en la voluntad del Señor.

»Siempre, por siempre más tuyo en este mundo y en la eternidad.

»NELSON.»

XCV

Gracias a la familia de Nelson, que mientras vivió el noble almirante se mostró correcta conmigo, no me encontré completamente aislada cuando él se ausentó de mi lado. Su sobrina se instaló en casa y la hice discípula mía: bajo mi dirección, estudió francés, italiano, dibujo y música, y puedo decir que al cabo de seis meses, había yo conseguido hacer de ella una verdadera señorita. Aquello era, por mi parte, un acto de condescendencia; pero, por la de la familia de Nelson, era una prueba de la estima en que me tenían.

El doctor Nelson, hermano del al-

mirante y padre de la joven cuya educación había yo emprendido, me invitó a pasar con él una temporada del verano. El doctor Nelson, que con gran asiduidad me presentaba sus respetos, acababa de ser nombrado canónigo de la catedral de Cantorbery.

Vivía conmigo mistress Bellington, antigua artista dramática, que en sus tiempos había sido muy hermosa, y revelado un talento nada común para la escena.

Los vecinos de Cantorbery estaban muy intrigados con la presencia de las dos huéspedes del venerable canónigo, y se escandalizaron cuando un día festivo mistress Bellington y yo nos brindamos a cantar un dúo sagrado en la catedral. Nuestro ofrecimiento fué rehusado de un modo categórico. Más aún: los respetables burgueses de la vieja capital del reino de Kent, escribían invariablemente en sus tarjetas de visita: «Para el doctor Nelson, pero no para lady Hamilton.»

Poco tiempo después de la partida de Nelson, di a luz una segunda hija, que nació en Merton y a la que puse por nombre Emma. La pobre niña no hizo más que venir a este mundo, pues murió al año siguiente en un acceso de convulsiones.

En aquella época lo he dicho y lo repito, toda la familia de Nelson me dispensaba las mayores atenciones, lo cual redundaba, naturalmente, en perjuicio de su pobre mujer. Y es que Nelson había dado a entender a sus parientes que él se portaría con ellos según ellos se portasen conmigo. En efecto, después de la muerte de sir Guillermo, Nelson, olvidando la existencia de mistres Nisbett, como obstinadamente la llamaba, me miraba y trataba como a su única y verdadera mujer. Por las cartas suyas que he citado, se ha visto que su amor por mí había crecido más y más. Sin embargo, cuando, cansada de su larga ausencia y rechazada por aquella ridícula burguesía, le escribí que mi deseo era ir a reunirme con él y vivir en su navío, corriendo todos los peligros, me respondió con una energía que me sorprendió, por lo inesperada:

«Tú sabes, mi querida Emma, que en el mar siempre me encuentro mal; imagínate lo que debe ser un crucero en aguas de Tolón, donde, hasta en verano, tenemos viento a lo menos una vez por semana y dos días de mar gruesa. No quiero que ni tú ni Horacia caigáis enfermas. ¡Pobre niña! ¿Qué sería de ella a bordo de un buque?»

«Por otra parte, yo he sido el primero en prohibir que mujer alguna, sea la que fuere, viniese al *Victory*, y sería el primero en contravenir la orden dada por mí. ¡Libreme Dios!»

De todos modos, debo confesar una cosa: tan habituada estaba al derroche, que la renta de Merton, el legado de sir Guillermo y la pensión vitalicia que Nelson me había asegurado en una compañía, aunque formaban unos sesenta mil francos de renta, eran insuficientes.

Hablé, pues, a Nelson de solicitar de M. Addington, para mí, la pensión de sir Guillermo; pero él, que no comprendía nada de mis exigencias ni podía figurarse que con semejante fortuna pudiese verme en apuros, me respondió:

«Si M. Addington te concede la pensión, se conseguirá una buena cosa, pero no te desveles por conseguirla. ¿Por ventura no posees el dominio de Merton, libre de toda hipoteca? Mi querida Horacia tiene ya el porvenir asegurado, y espero que algún día seas dueña de Bronte; y, cuando ese caso llegue, el resto del mundo me importará un bledo.»

Algunas veces me hablaba en términos suaves de las ventajas de la economía. Se adivinaba en él al hombre que, habiendo sentido la pobreza, temía siempre caer de nuevo en ella. Me aconsejaba con insistencia que viviese el mayor tiempo posible en Merton, donde mis gastos debían ser naturalmente más reducidos que en Londres.

Si Nelson hubiese estado a mi lado, sus consejos habrían sido ciegamente observados por mí; pero, en su ausen-

cia, el aburrimiento de aquella vida monótona e inactiva de Merton me impulsaba frecuentemente a desear la de Londres, en donde las recepciones, las fiestas y el juego devoraban mucho dinero.

Tenía la costumbre de pasar una parte del verano en algún balneario de la playa. Allí mis dispendios eran enormes. Esos gastos preocupaban a Nelson, pero yo le decía que los médicos me recomendaban los baños, y entonces él me decía: «¡Ve a los baños!» o bien «¡Continúalos!» según que no hubiese ido todavía o que me encontrase ya en el balneario. Pero, como frase incidental, o en postdata continuada al pie de una muy cariñosa misiva, me decía:

«Es necesario, mi querida Emma, hacer todas las economías posibles. El embellecimiento de nuestro querido Merton depende de esas economías, y nuestro querido Merton debe ser ante- puesto a todo lo demás.»

Y añadía:

«Tu excelente corazón me dará ciertamente la razón; porque tú comprenderás que todo está muy caro a causa de la guerra; que algunos amigos nuestros tienen necesidad de nosotros y es preciso ayudarles, y tú encontrarás más placer en el cumplimiento de esta obligación que en alimentar a un hato de parásitos con los cuales no nos liga ninguna amistad.»

Cada vez que recibía una de esas cartas, me juraba a mí misma corregirme; pero pronto me entregaba a nuevos gastos más desenfrenados y más inútiles que los anteriores.

Al fin, Nelson comprendió que mis imprudencias podían comprometer el porvenir de Horacia, y que era necesario ponerla para lo futuro a cubierto de mis locuras. En marzo de 1804 me escribía:

«A mi regreso depositaré cuatro mil libras esterlinas a favor de Horacia, pues no entra en mis cálculos dejarla sin recursos cuando quede sola en el mundo.»

Yo disponía de un medio poderoso de reducir a Nelson a mi voluntad: consistía en hacerle creer que algún noble solicitaba mi mano, y entre otros, el viejo duque de Queensbury, que me perseguía y cortejaba con una perseverancia propia de los veinticinco años.

Ya se ha visto que Nelson se ofendió en gran manera viendo que la reina de Nápoles, en una de sus cartas, no me dedicada una sola palabra. Pero, terminado el crucero de la flota, Nelson se vió obligado a reconocer una cosa que yo sospechaba hacia mucho tiempo: mi augusta amiga a pesar de sus protestas de eterna gratitud, conservaba solamente un débil recuerdo de mi incondicional adhesión y de los servicios que yo le había prestado. Entonces Nelson resolvió tener una explicación con ella, y enterarla de mi situación económica, de las necesidades que mis costumbres me creaban y de la que tenía de que ella acudiese en mi apoyo; pero la Reina respondió friamente con evasivas, o bien alegando las dificultades de su propia hacienda.

Nelson, indignado, me transmitía sus observaciones sobre el proceder y el carácter de la Reina, y yo misma, considerando que no estaba obligada a guardar ningún miramiento con aquella amiga infiel, me vengaba contando la escandalosa historia de sus amores, sin pensar que, al compararla con Saffo y Mesalina, arrojaba sobre mí una parte del lodo con que me proponía cubrirla.

En aquella época tuve una enojosa y agria discusión con lord Greenville, a propósito del testamento de sir Guillermo. Lord Greenville esperaba intimidarme con el miedo que me pudiese infundir el escándalo; pero, cuando vió que yo estaba dispuesta a afrontar las contingencias del pleito, propuso un arreglo que Nelson me obligó a aceptar, por más que con ello resultaba yo perjudicada, puesto que mi renta salió mermada en tres o cuatro mil francos.

Entretanto, Nelson había abandonado el crucero en aguas de Tolón, y estaba persiguiendo a la escuadra francesa que había salido de aquel puerto al mando del almirante Villeneuve, pa-

ra cooperar a la ejecución de un vasto plan concebido por Napoleón; porque Bonaparte había pasado a ser Napoleón, y el primer cónsul a emperador.

He aquí en qué consistía ese plan, que frustraron circunstancias independientes de la voluntad humana.

Napoleón no había abandonado su proyecto de desembarcar en Inglaterra, y resolvió hacer salir simultáneamente todas las flotas francesas de los puertos donde eran vigiladas por los cruceros ingleses, con rumbo a las Indias occidentales, a fin de atraer a los ingleses hacia las Antillas y volver repentinamente a los mares de Europa, con un núcleo de fuerzas superiores a las de cualquier flota inglesa que se le pudiese oponer.

El punto de concentración de los franceses era la Martinica.

El 11 de enero el almirante Missiessy salió de Rochefort en medio de una espantosa tormenta burlando en absoluto la vigilancia de los ingleses. Llevaba consigo cinco navíos y cuatro fragatas.

El almirante Villeneuve debía hacerse a la mar cuando el viento fuese favorable, intentar burlar a Nelson, o en el caso contrario, escapar a su persecución, pasar el estrecho de Gibraltar, llegar a Cádiz, reunirse con el almirante español Gravina, hacerse a la vela para la Martinica, juntarse allí con Missiessy y esperar al almirante Gantheaume. Este, por su parte, al primer viento equinoccial que obligaría a los ingleses a alejarse de las costas, saldría de Brest con los veintidós barcos que tenía bajo sus órdenes, y después de haberse puesto en contacto con la otra escuadra franco-española al mando del almirante Gourdon, se dirigiría al lugar de reunión general. Esta reunión de cinco almirantes y seis flotas debían formar un conjunto de sesenta barcos aproximadamente, enorme fuerza nunca vista en una sola concentración.

En la noche del 30 al 31 de marzo, aprovechando el almirante Villeneuve el viento maestral, salió del puerto de Tolón con once navíos y seis fragatas. Informado de la posición de Nelson, se

dirigió a Cartagena, y el 9 de abril pasó el estrecho.

La misma noche estaba a la vista de Cádiz, y se le reunió el almirante Gravina.

Sobre las dos de la madrugada, ambas escuadras reunidas prosiguieron su ruta, y el 11 estaban en pleno Océano, después de haber escapado a la vigilancia de los barcos ingleses.

Nelson no tuvo conocimiento de todos esos detalles hasta el 16 de abril; los vientos del Oeste le detuvieron hasta el 30 en el Mediterráneo, y el 11 de mayo, es decir, un mes exacto después que Villeneuve, entró en el Océano.

Durante tres meses se entretuvo en correrías inútiles, lo cual llevó su frenesí a un grado máximo. Por fin el 14 de agosto emprendió el regreso a Portsmouth, a cuyo puerto llegó el día 18 del mismo mes.

A la sazón, yo me encontraba en Southend con mistress Bellington y Horacia; tan pronto como supe su llegada, me apresuré a volver a Merton para recibirle. Todos sus amigos y los míos acudieron también con el mismo objeto. En tal ocasión, las fiestas se sucedían a diario; siempre se sentaban a la mesa veinte o veinticinco comensales. Yo presidía esas fiestas y esas comidas, y ni Nelson ni yo nos cuidábamos ya de disimular nuestra intimidad; al contrario, cada uno de por sí se jactaba de ella, y milord me presentaba a los visitantes como si realmente hubiese sido yo lady Nelson.

Desde el día siguiente de su llegada, Nelson, siguiendo las intenciones expuestas en sus cartas, añadía a su testamento este codicilo en favor de Horacia:

«Lego a miss Horacia Nelson-Thomson, bautizada el 13 de mayo último en la parroquia de Sainte-Mary-le-Bone, por Benjamín Lawrence, cura párroco, y Juan Willock, clérigo asistente, y a la que reconozco como hija adoptiva mía, la cantidad de cuatro mil libras esterlinas, pagaderas seis meses después de mi muerte, o dentro de un plazo más corto, si es posible; y dejo

a mi querida amiga Emma Lyon, viuda de Hamilton, única depositaria de la nombrada Horacia Nelson-Thomson. Hasta cumplir ésta la edad de diez y ocho años, los intereses de las cuatro mil libras esterlinas serán pagados a lady Hamilton para subvenir a los gastos que ocasionen los alimentos y la educación de mi hija adoptiva. Deseo que lady Hamilton sea la tutora de Horacia, convencido de que la educará en los principios de virtud y religión y que le comunicará todas las condiciones personales que a ella adornan en tan alto grado, de modo que forme de mi hija adoptiva una mujer digna de mi querido sobrino Horacio Nelson, a quien la destino como esposa, si, a su vez, él es digno de ella, y si, a juicio de lady Hamilton, es merecedor de tan valioso tesoro.»

Esta vez, Nelson esperaba no tener que volver hacerse a la mar. Cansado de triunfos, saturado de gloria, sobrecargado de honores, mutilado de cuerpo, aspiraba a la soledad y a la tranquilidad. En esta esperanza, hizo trasladar a Merton todos los objetos que tenía en Londres; yo consideraba el porvenir más asegurado que nunca, cuando un rayo vino a despertarme de este dulce sueño.

El 2 de septiembre, doce días después de la vuelta de Nelson, llamaron a la puerta de nuestra casa a las cinco de la mañana.

Nelson, presintiendo que era algún mensaje del Almirantazgo, saltó de la cama y fué a ver quién llamaba.

Era el capitán Henry Blackwood; venía, efectivamente, del Almirantazgo, con la noticia de que las flotas unidas de Francia y España, tras las cuales tanto había corrido Nelson, habían entrado en el puerto de Cádiz.

Al ver a Blackwood, Nelson exclamó:

—Apostaría, Blackwood, a que me trae usted noticias de las flotas reunidas y que yo soy el encargado de destruirlas.

Eso, precisamente, era lo que venía a anunciarle Blackwood; y, en efecto,

lo que de él se esperaba era la tan anhelada destrucción de las escuadras combinadas.

¡Todos los risueños proyectos de Nelson se habían desvanecido!

No veía ni pensaba más que en aquel rincón del planeta donde se encontraban las dos flotas. Y, sonriente, repitió varias veces a Blackwood, con esa confianza que le inspiraban sus victorias anteriores:

—¡Blackwood, tenga usted la certidumbre de que daré a Villeneuve una lección de la que se ha de acordar!

Su primera intención había sido partir para Londres y hacer todos los preparativos de la próxima campaña sin decirme nada referente a la nueva misión que acababa de confiársele. En todo caso, hasta el último instante no me revelaría la verdad.

Pero, como yo me había levantado casi al mismo tiempo que él, y noté su preocupación después de su diálogo con Blackwood, me le llevé a su rincón predilecto del jardín.

—¿Qué tienes, amigo mío?—le pregunté.—¿Qué te apesadumbra que no quieras decirme lo?

Se esforzó por sonreír.

—Tengo—respondió—algo que me hace el hombre más feliz del mundo. ¿Qué puedo desear más? Poseedor de tu amor, rodeado de mi familia, no diría yo seis peniques por llamarme sobrino del Rey.

—Yo te conozco, Nelson—repuse yo,—y es en vano que quieras desorientarme. Miras a las flotas unidas como seguro trofeo, y te considerarías el más desgraciado de los hombres si otro que no fueses tú las destruyese.

Nelson me miró con expresión interrogativa.

—Pues bien, amigo mío—continué diciendo,—destrúyelas, y corona así una obra por ti comenzada bajo tan buenos auspicios; esa destrucción será la recompensa de dos años de desvelos y fatigas sobrellevados con admirable tesón.

Nelson continuaba mirándome; pero, aunque sus labios nada decían, su semblante reflejaba una indecible expresión de gratitud

—Por grande que para mí sea el dolor de tu ausencia—proseguí,—ofrece, como otras veces has hecho, tus servicios a la patria, y sal en seguida para Cádiz. Estos servicios serán aceptados con gratitud y tu corazón recobrará la tranquilidad. Tú alcanzarás una última y gloriosa victoria, y volverás feliz de encontrar el reposo con la dignidad.

Nelson me miró en silencio durante unos segundos más; luego, los ojos arrasados en lágrimas, exclamó:

—¡Buena, excelente Emma! Sí, tú has leído en mi corazón; sí, tú has adivinado mi pensamiento. Si en el mundo no hubiese una Emma, tampoco habría un Nelson... ¡Tú has hecho de mí lo que soy! Hoy mismo iré a Londres.

Y, en efecto, dos horas más tarde salimos para Londres con sus hermanas. Nelson nos dejó en mi casa de la calle de Clerge, y se fué al Almirantazgo. El *Victory*, llamado por telégrafo, estaba en el Támesis desde aquella misma noche, y al otro día, por la mañana, se hacían todos los preparativos de marcha.

Permanecimos aún diez días juntos; pero los últimos cinco, Nelson los pasó casi por entero en el Almirantazgo.

El 11 fuimos a hacer una última visita a nuestro querido Merton.

A pesar de todos mis esfuerzos, apenas me encontraba sola un instante, prorrumpía en llanto. Todo el día 12 lo pasamos en Merton, uno junto al otro, y allí dormimos.

Una hora antes de amanecer, Nelson se levantó y fué al cuarto de su hija; inclinado sobre el lecho de la niña, oró en silencio, pero con grande unción y derramando algunas lágrimas.

Nelson era muy devoto.

A las siete de la mañana se despidió de mí.

Le acompañé hasta el carruaje; allí me tuvo largo rato en estrecho abrazo. Yo lloraba amargamente, pero hice por sonreír en medio de mis sollozos, diciéndole:

—No entres en acción sin antes haber recibido la visita de la avecilla.

Estas fueron las últimas palabras que le dirigí.

El coche partió al galope; al des-

aparecer por el recodo del camino, me hizo un signo.

¡No he vuelto a verle!

Al día siguiente llegó a Portsmouth a las seis de la mañana, y el 15 de septiembre se hizo a la mar.

El tiempo era tan malo, que el *Victory* estuvo dos días a la vista de las costas británicas. Este retardo permitió a Nelson escribirme dos cartas rebosantes de ternura para su hija y para mí; pero a través de cuyas líneas empezaban a vislumbrarse algunos presentimientos.

En fin, con el cambio de viento, pudo salir del canal, y el 20 de septiembre, a las seis de la tarde, se reunió con la flota de Cádiz, compuesta de veintitrés barcos de reserva, al mando del vicealmirante Collingwood. Aquel día era el 46 aniversario de su nacimiento.

El primero de octubre me daba, por medio de la siguiente carta, la noticia de su reunión con el almirante Collingwood y de un ataque de nervios que había sufrido. Esos ataques, a los que era propenso, parecían por lo violentos verdaderos ataques epilépticos.

«*Victory*, primero de octubre de 1805.

»Mi muy querida Emma: Es un consuelo para mí poder escribirte algunas líneas. Esta mañana, a las cuatro, he tenido uno de mis fuertes ataques espasmódicos, que me ha dejado completamente enervado. Creo que uno de esos ataques me matará el día menos pensado. El de hoy, ya ha pasado completamente, y de él sólo conservo una extrema debilidad. Ayer escribí durante siete horas; tal exceso de trabajo debe de haber sido la causa del accidente.

»El 20 de septiembre me puse en contacto con la flota, pero hasta el 21 por la mañana no pude comunicar con ella. Creo que mi llegada ha producido muy buen efecto en el ánimo de todas las tripulaciones, y cuando expuse a los jefes mi plan de batalla, parecía que era para ellos una revelación, y saltaron de entusiasmo.

»Algunos de los que me escuchaban,

no podían contener las lágrimas. Era un plan nuevo, atrevido, sencillo; y si se puede llevar a la práctica, la victoria es cierta: «¡Está usted rodeado de amigos que tienen absoluta confianza en su almirante!» decían todos los oficiales. Quizá haya algún Judas entre ellos; pero la mayoría se consideran dichosos de que yo los mande.

»Acabo de recibir cartas de la reina y del rey de Nápoles, en contestación a las mías del 18 de junio y 12 de julio último. ¡Ni una palabra para ti! En verdad los dos, el Rey y la Reina, harían enrojecer de vergüenza a la misma ingratitude. He sacado copias de esas cartas para remitírtelas con la presente, que saldrá en la primera ocasión para Inglaterra, llevándote el testimonio de lo mucho que te amo.

»Por ahora, nada puedo decir del pájaro; pero no hay que desesperar.

»Mi cuerpo mutilado está aquí; mi corazón entero, contigo.

»H. N.»

El mismo día 20 de septiembre en que tenía lugar la unión de Nelson con la flota de Collingwood, el almirante Villeneuve recibía de su gobierno orden de hacerse a la mar, pasar el estrecho, lanzar tropas sobre las costas de Nápoles, y, después de haber barrido el Mediterráneo de barcos ingleses, regresar al puerto de Tolón.

La flota combinada se componía de treinta y tres barcos, diez y ocho franceses y quince españoles. Empezó a divisarse el sábado 19 de octubre a las siete de la mañana, impulsada por una ligera brisa.

A mediodía, la batalla parecía inminente. Nelson me escribió dos cartas, una para mí y la otra para la pobre niña que iba a quedar huérfana de padre.

Esas cartas, que reproduzco a continuación, se encontraron en su pupitre después de su muerte, y más tarde me las trajo el capitán Hardy.

Decían así:

«Mi muy querida Emma: Me avisan que la flota enemiga sale del puerto. Tenemos muy poco viento; de mo-

do que no confío encontrarla hasta mañana. ¡Que el Dios de las batallas corone mis esfuerzos proporcionándome una jornada gloriosa! En todo caso, victorioso o derrotado, estoy seguro de que mi nombre será siempre querido por ti y por Horacia, que me sois más queridas que mi propia vida.

»Ruega por tu amigo

»NELSON.»

«*Victory*, 19 de octubre de 1805.

»Ángel querido: Soy el hombre más feliz del mundo después de haber recibido tu carta del 19 de septiembre. Me satisface en gran manera saber que eres una buena muchacha y que amas mucho a mi querida lady Hamilton, que, a su vez, te adora. Dale un beso en mi nombre. La flota combinada de nuestros enemigos sale de Cádiz, según me dicen. Por eso me apresuro a responder a tu carta, mi querida Horacia, para decirte que eres el continuo objeto de mis pensamientos. Estoy cierto de que ruegas a Dios por mi salud, por mi gloria y por mi pronto regreso a Merton.

»Recibe, mi querida hija, la bendición de tu padre.

»NELSON.»

El día siguiente añadía esta postdata a mi carta:

«Llegamos a la boca del estrecho. Me dicen que en lontananza se divisan cuarenta velas. Supongo que son treinta y tres barcos de línea y siete fragatas; pero creo que volverán al puerto antes de anoecer, por estar muy agitado el mar.»

En fin, al divisar la flota unida, Nelson anotó en su diario privado:

«Quiera Dios, ante quien me postro, conceder a Inglaterra, en interés de la oprimida Europa, una grande y gloriosa victoria; y permita que esa victoria no sea empañada por ninguna falta de los que van a combatir y a triun-

far. En cuanto a mí personalmente, pongo mi vida en manos de Aquél que me la dió. Que el Señor corone los esfuerzos que voy a hacer para servir fielmente a mi patria. Yo confío y abandono a El sólo la santa causa cuyo defensor se ha dignado nombrarme. ¡Amén, amén, amén!»

Después de esta súplica en la que el misticismo y el entusiasmo se confunden, Nelson escribió el siguiente testamento en el artículo de la muerte:

«21 de octubre de 1805, a la vista de las escuadras unidas de Francia y España, distantes de nosotros diez millas aproximadamente.

»Considerando que los relevantes servicios consagrados al Rey y a la Reina por Emma Lyon, viuda de sir Guillermo Hamilton, no han sido jamás recompensados ni por el Rey ni por la nación;

»Recuerdo especialmente en este lugar:

»1.º Que lady Hamilton obtuvo, en 1799, la comunicación de una carta del rey de España dirigida a su hermano el rey de Nápoles, en la que le anunciaba su intención de declarar la guerra a Inglaterra, y que, advertido por dicha carta, el ministro pudo enviar a sir Juan Jervis la orden de caer, si se presentaba ocasión, sobre los arsenales de España y sobre la flota española. Si nada de eso se realizó, no fué culpa de lady Hamilton;

»2.º Que la flota británica de mi mando no habría podido volver por segunda vez a Egipto si, debido a la influencia de lady Hamilton sobre la reina de Nápoles, no se hubiese dado orden al gobernador de Siracusa de permitir a la flota proveerse de todo lo que necesitaba en los puertos de Sicilia, lo cual me permitió racionar mis buques y puso en condiciones favorables de destruir a la escuadra francesa;

»En su virtud, dejo a mi Rey y a mi patria el cuidado de recompensar tales servicios y asegurar el porvenir de lady Hamilton.

»Confío también a la benevolencia de la nación a mi hija adoptiva Horacia Nelson-Thomson, y deseo que en adelante lleve el nombre de Nelson.

»He aquí los únicos favores que pido al Rey y a Inglaterra, en el momento en que voy a arriesgar mi vida por ellos. ¡ Bendiga Dios a mi Rey y a mi patria, y a todos los seres que me son queridos !

»NELSON.»

Todas las precauciones que tomaba para asegurar mi porvenir prueban que Nelson se sentía bajo la influencia de terribles presentimientos.

Y, para imprimir un carácter más auténtico a las declaraciones que dejaba consignadas en su diario particular, llamó a los capitanes Hardy y Blackwood, y, como testigos, les hizo firmar esta pieza testamentaria. Sus nombres aparecen, efectivamente, en el diario citado, junto al de Nelson.

XCVI

Mientras tanto, las dos flotas se iban aproximando la una a la otra.

En aquel momento solemne que precedió a uno de los encuentros más terribles que jamás hayan estremecido la superficie de los mares, cada uno de los dos almirantes arengó a sus respectivas dotaciones.

El jefe francés dijo :

«No hay que esperar las señales del almirante, las cuales, en la confusión del combate, pueden no ser vistas ; pero cada uno debe escuchar la voz del honor y acudir allí donde mayor sea el peligro.»

Del lado de los ingleses, todos los ojos estaban fijos en el buque almirante para leer el santo y seña, ya distribuido entre la tripulación de la escuadra unida.

Vióse entonces cómo subían a lo alto del palo mayor del *Victory* un cartelón que contenía esta lacónica arenga : «*England expects every man will do his duty!*» (¡Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber !)

El ángel bueno de Nelson, la aveci-lla augural, no había parecido.

Y, ahora, que Dios me dé la suficiente fuerza para escribir lo que me queda por contar.

Era la una de la tarde y ambos beligerantes se encontraban a la altura del cabo de Trafalgar cuando se inició el fuego.

Nelson iba vestido con un traje azul ; ostentaba sobre el pecho las condecoraciones de la orden del Baño, de Fernando y del Mérito ; las de Joaquín y de la Orden de Malta, y, finalmente, las insignias otomanas. Esta profusión de galones que cubrían su pecho, debían naturalmente servir de blanco a los disparos del enemigo. El capitán Hardy quiso hacerle cambiar de uniforme, pero Nelson se opuso.

—Es demasiado tarde—dijo ; — ya me han visto con el que llevo.

El combate era horrible : cuatro buques se acribillaban a boca de cañón, el *Victory*, el *Formidable*, el *Bucentaur* y el *Téméraire*.

El primero que cayó a bordo del *Victory*, fué el secretario de Nelson. Un proyectil le partió en dos, mientras conversaba con el capitán Hardy. Como Nelson profesaba un cariño entrañable a aquel joven, Hardy mandó en el acto retirar su cuerpo, a fin de que la vista del cadáver no afligiese a Nelson.

Casi en el mismo instante cayeron ocho hombres destrozados por dos balas del enemigo.

—¡ Oh, oh !—exclamó Nelson ;—es un fuego demasiado mortífero para que pueda durar mucho tiempo.

Al terminar estas palabras, una bala de cañón pasó a muy corta distancia de su boca, cortándole el aliento. Con síntomas de asfixia, Nelson se apoyó en el brazo de uno de sus tenientes, y estuvo un minuto sin conocimiento. Al recobrarlo :

—¡ No es nada—dijo,—no es nada !
Hacia veinte minutos, poco más o

menos, que duraba aquel terrible fuego, cuando Nelson cayó sobre el puente como herido por el rayo.

Era la una y cuarto en punto.

Un proyectil, lanzado de la cofa del palo de mesana del *Formidable*, le había dado en dirección de arriba abajo, y penetrando por el hombro izquierdo, atravesó las charreteras y fué a romperle la espina dorsal. Se encontraba en el mismo sitio donde había sido herido su secretario, y cayó de bruces sobre la sangre de éste.

Intentó incorporarse apoyándose con la mano izquierda.

Hardy, que estaba a dos pasos de él, le puso en pie, con la ayuda de dos marineros y del sargento Secker.

—Espero, milord, que su herida no habrá sido grave.

Pero Nelson respondió :

—Esta vez, Hardy, han acabado conmigo.

—¡ Oh ! ¡ de ninguna manera !—repuso Hardy.

—Sí—dijo Nelson ;—por la conmoción de todo mi cuerpo, conozco que tengo lesionada la columna vertebral.

Hardy ordenó en el acto transportar al almirante a la cámara de los heridos.

Mientras le conducían, Nelson vió que el cordaje que servía para hacer maniobrar el timón había sido roto por la metralla ; lo hizo observar al capitán Hardy y ordenó a un guardia marina poner otras cuerdas en substitución de las primeras.

Después de dar estas órdenes sacó un pañuelo de su bolsillo y con él se tapó la cara y ocultó las condecoraciones que le cubrían el pecho, para que la marinería no le conociese e ignorase que estaba herido.

Una vez en el entrepuente, el cirujano del barco, M. Beatty, acudió a auxiliarse.

—¡ Oh ! mi querido Beatty — dijo Nelson,—por grande que sea su ciencia, nada podrá usted hacer por mí : tengo rota la espina dorsal.

—Es de esperar que la herida no sea tan grave como milord se figura—dijo el cirujano.

En aquel momento, el reverendo

M. Scott, capellán del *Victory*, se acercó a Nelson, quien le reconoció, y le dijo con voz entrecortada por el dolor, pero sin embargo muy entera :

—Reverendo, recuérdeme usted a lady Hamilton, recuérdeme a Horacia, a todos mis amigos ; dígales que dejo hecho mi testamento, y que lego a mi patria a lady Hamilton y a Horacia... ¡ Retenga usted bien lo que le digo en tal hora y nunca lo olvide !

Nelson fué llevado a su cama ; con gran dificultad le despojaron de su uniforme y se le cubrió con un paño.

En esto, el herido dijo al capellán :

—¡ Doctor, soy hombre muerto !

M. Beatty examinó la herida ; aseguró a Nelson que podría sondearle sin producirle mucho dolor ; la sondeó, en efecto, y pudo averiguar que la bala, atravesando el pecho, se había incrustado en el espinazo.

—Estoy cierto de que tengo el cuerpo atravesado de parte a parte—dijo Nelson mientras el cirujano practicaba el sondeo.

El doctor examinó la espalda, que aparecía intacta.

—Usted se engaña, milord—dijo.—Pero pruebe usted a explicarme lo que siente.

—Siento—respondió el herido—como una ola de sangre que sube cada vez que respiro... Las extremidades de mi cuerpo están como muertas... Respiro con dificultad, y, aunque diga lo contrario, sostengo que mi espina dorsal está quebrada.

Estos síntomas indicaron al cirujano que no había que conservar ninguna esperanza ; pero la gravedad de la herida no fué conocida de nadie a bordo, excepto del cirujano y sus dos ayudantes, del capitán Hardy y del capellán.

Las lágrimas que se agolpan a mis ojos me impiden continuar. En los nueve años que han transcurrido desde entonces, he contado frecuentemente con todos los pormenores aquella muerte gloriosa ; pero ésta es la primera vez que los escribo.

Reanudaré mi relato cuando me sienta con fuerzas para hacerlo.

... ..
... ..